

S. A. Steeman

EL ASESINO  
VIVE EN EL 21

Traducción del francés de  
Susana Prieto Mori

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

# Índice

<i>Prólogo</i>	9
I HENRY BEECHAM SE ENFADA	21
II RUSSEL SQUARE, NÚMERO 21	31
III CASA RODEADA	41
IV LOS REYES DE TEBAS	50
V ONCE A LA MESA	58
VI ¡S-M-I-T-H, SMITH!	66
VII UNA VELADA ENCANTADORA	69
VIII ENTRE LAS OCHO Y LAS NUEVE	79
IX « <i>IL B...</i> »	86
X MR. SMITH = COLLINS	96
XI LA <i>ELEGÍA</i> DE MASSENET	104
XII TERCER GRADO	112
XIII MARJORIE A SECAS	120

XIV	MR. SMITH = DOCTOR HYDE	130
XV	«ES UN MUCHACHO EXCELENTE»	136
XVI	EL PROVOCADOR	143
XVII	«QUERIDA VALERIE»	149
XVIII	MR. SMITH = ANDREYEW	157
XIX	BUEN TIEMPO	165
XX	EL DIFUNTO SEÑOR SMITH	170
XXI	CUATRO SÍES	176
XXII	MR. SMITH = ¿ ?	182
XXIII	<i>BRIDGE PLAFOND</i>	189
XXIV	LEJANA ENID	196
XXV	BUENAS NOCHES	209

## Prólogo

El transeúnte cayó sin un grito, absorbido por la niebla antes de llegar al suelo. Su maletín de cuero hizo plon al golpear la acera.

Mr. Smith suspiró. Pensaba: «¡Qué fácil es! ¡Aún más fácil que la primera vez!».

De hecho, no había notado el sudor en las manos ni los retortijones en el vientre que, dos noches antes, habían ralentizado su impulso asesino.

Las farolas, encendidas desde la mañana, marcaban las calles con capullos luminosos y los escasos vehículos rodaban al paso. De los agentes de la circulación no se distinguían más que los guantes y el casco blanco por encima de la mancha lívida del rostro. «¡Un tiempo perfecto para los asesinos!», como había dicho Mr. Smith a la señora Hobson al salir de casa.

Volteó el cuerpo con el pie, se arrodilló, asió la muñeca de su víctima. Luego sus manos enguantadas de caucho negro la recorrieron como necróforos diligentes.

Dos minutos después, frente al número 15 de Rackham Street, cuatro hombres rodeaban un bulto oscuro tendido sobre la acera.

El primero era el doctor Graves, del cercano Hospital Princesa Luisa. El segundo llevaba uniforme de policía. El tercero era el inspector Fuller, de Scotland Yard. El último, al fin, visiblemente abrumado por sus responsabilidades, provenía también del Hospital Princesa Luisa, donde era ordenanza. Era él quien, tras tropezar unos momentos antes con el cadáver, había dado la voz de alarma.

—Fractura del cráneo —determinó el médico mientras se ponía en pie—. Muerte instantánea producida, como mucho, hace un cuarto de hora —añadió sin expresar emoción alguna—. El segundo en tres días, si no me equivoco.

El inspector se había inclinado a su vez sobre la víctima. Como hombre seguro de lo que se traía entre manos, hizo dos gestos simultáneos. Su mano izquierda registró el bolsillo de la chaqueta y salió vacía. La derecha se deslizó bajo el cuerpo y sacó una tarjeta de visita con un simple nombre manuscrito.

—Me pregunto... —empezaba precisamente a decir el policía.

—Sí —dijo Fuller.

El superintendente Strickland tenía fama, y con razón, de ser el hombre más flemático de todo Scotland Yard. La propia señora Strickland había renunciado definitivamente a hacerle perder su sangre fría el día en que le había dado, por tercera vez, gemelas.

—¿Y? —dijo cuando el inspector Fuller le hubo relatado el crimen cometido en Rackham Street.

Fuere cual fuera la historia que le contaban —aun cuando se tratase de la de algún miserable que se degollaba después de exterminar a toda su familia—, el superintendente Strickland farfullaba: «¿Y?». No había desenlace que lo satisficiera.

—Porter ha confesado, señor. Le había dado las perlas a sus peces dorados.

—¿Y?

—Hemos arrestado a la mujer, señor. Es camarera en Lyon's.

—¿Y?

De modo que la mitad de la policía metropolitana soñaba con responderle: «¡Y el lobo se la comió!».

Fuller, el gordo y formalista Fuller, tuvo aquella tarde la tentación de hacerlo. Pero supo ocultarlo.

—Pues que el hombre de Rackham Street —respondió— fue mortalmente golpeado con un saquito de arena, como el señor Burmann en Tavistock Road antes de ayer. Lo mataron, como al señor Burmann, para robarle. Su asesino, por último, ha vuelto a dejarnos su tarjeta de visita.

Dicho esto, el inspector Fuller posó sobre la mesa la tarjeta descubierta bajo el cuerpo unos veinte minutos atrás.

—¡Mr. Smith! —leyó en voz alta el Súper—. ¿Por qué necesita nuestro hombre firmar sus crímenes así?

—¡Yo también me lo pregunto! —exclamó Fuller—. Sería comprensible por parte de un loco. Pero Mr. Smith no tiene nada de loco. Obedece al móvil más vulgar: el interés.

Strickland meneó la cabeza.

—¿Quién sabe? Puede que los robos sirvan únicamente para despistarnos. ¿Se conoce la identidad de la víctima?

—Todavía no, señor. Pero he encargado a seis hombres que interroguen a los ocupantes de las casas cercanas al lugar del crimen.

Fuller sintió la necesidad de justificarse.

—Al fin y al cabo, hay un precedente... Puede que la segunda víctima también fuese atacada en su vecindario.

Strickland asintió en silencio. Pensaba en el hombre que decía llamarse Smith. ¿Era su verdadero nombre? Improbable. ¿Se ocultaba tras un seudónimo? En ambos casos, ¿cuál era el propósito de aquel morboso exhibicionismo?

Strickland pensó de nuevo en su velada echada a perder —iba a tener que estar de guardia hasta que se perdiese toda esperanza de averiguar algo más aquel día—, en el osobuco que la señora Strickland se comería sin él, en la cólera terrible que embargaría al coronel Hemphorne cuando supiera de aquel segundo atentado.

—¡Escúcheme bien, Fuller! —le increpó al fin—. Si la identidad de la víctima no queda establecida esta misma noche, haga publicar un anuncio en los diarios matutinos. Reclame al doctor Hancock sus conclusiones en doce horas. Duplique las rondas, por si acaso, en los alrededores del Saint Charles College y de la estación de Westbourne Park. Orden de interrogar y registrar a todos los individuos sospechosos... Quiero un informe cada hora.

«¡Cada hora!». Fuller comentó *in petto*<sup>1</sup> que el Súper acababa de dar la única muestra de emoción de la que era capaz. Dijo: «Bien, señor», y se dirigió hacia la puerta.

Cuando salía, se dio la vuelta. Strickland tenía sujeta entre el índice y el pulgar la tarjeta en la que una mano desconocida había trazado, en letras de imprenta, el nombre de Smith, y la contemplaba pensativo.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron y Fuller tuvo un arranque de audacia.

—Mal asunto para los Smith, señor —dijo—, si me permite dar mi opinión.

De hecho, el asesinato de Rackham Street, que había seguido con un intervalo de cuarenta y ocho horas a un crimen de todo punto de vista similar, había de tener, entre otras consecuencias, curiosas repercusiones sociales.

Personas que gozaban hasta entonces de halagadora reputación y cuya única falta era apellidarse Smith no inspiraron más, de la noche a la mañana, que hostilidad y recelo. La gente se cambiaba de acera cuando se acercaban, eran señaladas con el dedo. Algunos recibieron el desprecio de los comerciantes. Otros se vieron expulsados de los círculos donde, la víspera, aún eran recibidos con reconfortante cordialidad. «¡Boicot a los Smith!», tal era la voz del pueblo. En el East End la policía fue llamada a proteger varias tiendas que la multitud comenzaba a saquear, y el *signor* Chipini, activo director del Savarin, tardará en olvidar la batalla campal provocada, un sábado por la tarde, por un botones que tuvo la desafortunada

<sup>1</sup> En italiano, «para sus adentros». (*Todas las notas son de la traductora, excepto cuando se especifique*).

idea de cruzar el vestíbulo del hotel (que contenía no menos de tres ovejas negras) llevando una pizarra en la que estaba escrito: «Preguntan por el señor Smith al teléfono». Si no hubo muertes fue por puro milagro.

En vano un semanario, cuyo buen humor no se alteraba nunca, propuso desbautizar a los cerca de cinco mil (?) Smith de Londres y llamarlos Jones. El recuerdo aún vivo de Jack el Destripador parecía haber arrebatado, al pueblo que ha revelado a sus vecinos tanto el nombre como la cosa en sí, el sentido del humor. Sin duda, Mr. Smith ahorraba a los cadáveres de sus víctimas las atroces mutilaciones que les infligía su predecesor. Pero, al contrario que él, no tenía la excusa de la demencia. Sus crímenes solo estaban inspirados por la codicia. Pensándolo bien, eso los hacía aún más horribles.

El señor Burmann había sido asesinado en Tavistock Road, el 10 de noviembre a las once de la noche, y el señor Soar —el muerto de Rackham Street era un anticuario llamado Benjamin Soar— el 12 de noviembre sobre las cinco de la tarde.

El 19 del mismo mes (Mr. Smith acababa de cometer su tercer crimen, en la persona de un abogado muy conocido llamado Derwent), un tal señor Jeroboah Smith se tiró al Támesis desde lo alto del puente de los Suicidas. Lo rescataron, pero el baño helado le valió una pleuresía que se lo llevó en veinticuatro horas. Durante los días siguientes, fueron incontables los Smith que se quedaron sin empleo y los que, tras abandonar su casa con la esperanza de encontrar vecinos más tolerantes, buscaban en vano alojamiento. Tener el apellido Smith equivalía, desde aquel momento, para un criado a recibir el finiquito,

para un viajante a verse echado a la calle *ipso facto*, y para un vagabundo a verse desposeído de su travesaño de piedra bajo el puente de las dos Torres.

Ciertos espíritus positivos intentaron demostrar, en el transcurso de acaloradas discusiones, que era muy improbable que el apellido Smith del que se valía el asesino fuese realmente el suyo. Les respondieron de muy mala manera y fueron considerados sospechosos.

Londres, que conocía el miedo, no escuchaba la voz de la razón. Quería responsables.

Scotland Yard, sin embargo, no permanecía inactivo.

Cada día sus jefes, a los que la creencia popular designa como los Cuatro Grandes, adoptaban nuevas y excelentes medidas.

De este modo, después del crimen de señor Derwent, asesinado en Maple Street, se dieron cuenta, plano en mano, de que el radio de acción de Mr. Smith se inscribía en un vasto cuadrilátero que iba a lo largo desde el Museo Británico hasta Wormwood Scrubs y que englobaba la mayor parte de Paddington, Bayswater, Notting Hill, etc.

Por lo tanto, se decidió principalmente que:

Todos los agentes y detectives de paisano encargados de vigilar aquella parte de Londres irían provistos, día y noche, de un revólver.

Se duplicarían los efectivos a la primera señal de niebla.

Deberían interrogar, y registrar si fuera necesario, a todo transeúnte solitario.

La vigilancia ejercida en dichos barrios por las Brigadas Volantes<sup>2</sup> y las patrullas en motocicleta sería reforzada (siempre y cuando hubiera niebla) en un cincuenta por ciento.

Los propietarios de hoteles, casas de huéspedes, etc., estaban obligados a colaborar con la policía proporcionando información sobre toda persona cuya conducta levantase sospechas.

El primer efecto causado por estas medidas, que generaron otras veinte (puesta a prueba de nuevos sistemas de alumbrado para la niebla, investigaciones en los bajos fondos, etc.), fue subir la moral de la población, y el segundo, ralentizar la nefasta actividad de Mr. Smith. Estuvo en paro —si se permite la expresión— durante exactamente treinta y cuatro días.

Todo el mundo sabe con qué alegría celebra Londres la Navidad. Y también de qué forma tan unánime. Sus habitantes tenían pues derecho a albergar secretamente la esperanza de que Mr. Smith —si es que era inglés— respetase la tregua navideña.

Pero hay que creer que Mr. Smith no era inglés, o bien que el sulfuroso «puré de guisantes» que acolchaba las calles desde mediodía, aquel 24 de diciembre, logró hacérselo olvidar...

En todo caso aquella noche, cuando el agente de Policía Alfred Burt tomaba Foxglove Street procedente

<sup>2</sup> *Flying Squads*, brigadas motorizadas en automóvil.

de Western Circus, oyó a poca distancia el ruido de una caída. Encendió precipitadamente su linterna y echó a correr. ¡Lástima! Fue un error. Lo comprendió al ver de pronto a un hombre que huía doblado en dos mientras se dibujaba sobre la acera un oscuro bulto inmóvil. El espectáculo, sin embargo, no logró más que azuzar a Burt. Las circunstancias le ofrecían una oportunidad única de distinguirse y pensaba aprovecharla. Dando largas zancadas se llevó el silbato a los labios, buscó febrilmente su arma...

Pero estaba escrito que Alfred Burt no llegaría a convertirse en sargento. Allí donde Foxglove Street gira abruptamente a la derecha para confluir con Hilary Road, se encontró con su destino en forma de inocente transeúnte al que embistió de lleno. En el tiempo que le llevó ponerse en pie, el fugitivo se había volatilizado en la niebla<sup>3</sup>.

Veinte minutos más tarde, el agente Withers descubría a su vez, en las lindes de Wormholt Park, un cadáver aún caliente: el de una anciana con peluca pelirroja que, a juzgar por sus manos crispadas, había abandonado esta vida apretando desesperadamente contra su pecho un bolsito de mano para entonces desaparecido.

Mr. Smith —bien que hubiera querido vengarse de haber pasado miedo, bien que su primer crimen no le hubiera producido beneficios— había dado un golpe doble.

<sup>3</sup> No sorprenderá en exceso al público lector saber que Alfred Burt tiene hoy en día un puesto ambulante de fritura en Covent Garden. (*N. del A.*)